

movimiento de don Santiago, quien á su vez era observado de cerca por el criado.

Don Santiago pagó el gasto, y salió del café proponiéndose pensar detenidamente acerca de alguno de los muchos negocios que le había propuesto Solares.



CAPÍTULO X.

EL NEGOCIO QUE D. MANUEL TENÍA
CON ZUBIETA.

CUANDO Zubieta recibió el papelito de Lola, se apoderó de su cuerpo un imperceptible temblor, y no pudo darse cuenta, por más que hizo, de cuál sería el asunto de que deseaba hablarle don Manuel.

Pensó muchas cosas, y entre éstas lo preocupó por algún tiempo la idea de no concurrir á la cita, sin hablar antes á solas con Lola.

—Porque, en fin, decía Zubieta, todo se

debe esperar de un marido celoso; acaso hayan tronado anoche, y esta tarjeta in-tempestiva sea el resultado de una de esas escenas terribles que tan á menudo pasan en los matrimonios.... pues bien, en ese caso, yo no tengo nada porque temer; por que, bien visto, yo soy el ofendido. Creo que lo mejor será hablarle yo el primero al marido, decirle que vá por muy mal camino, hacerle comprender que sus celos me ofenden; y una vez persuadido don Manuel, de que tanto Lola como yo, somos inocentes; acabaré de quitarme de encima esta vacilación que va convirtiéndose en un engorro insoportable.

Cuando Zubieta hubo tomado esta resolución, con el carácter de definitiva, se dirigió á la casa de don Manuel.

En el camino iba notando que á pesar de sus resoluciones, y sobre todo de su inocencia, estaba profundamente emocionado.

D. Manuel lo recibió con marcada cordialidad.

—Bueno, exclamó don Manuel, bueno, ha sido usted eficaz: ha acudido usted al llamamiento como buen soldado.

—«Llamamiento» repitió Zubieta para sí «buen soldado» ¿qué será esto?

—Siéntese usted, amigo, siéntese usted y hablaremos un rato.

Zubieta se sentó.

—Ya sabe usted Zubieta, prorrumpió don Manuel que yo lo conozco á usted perfectamente.

—Es cierto, contestó Zubieta, sintiendo subir de punto su turbación.

—Pues bien, dijo don Manuel, en pocas palabras, sí ó nó, para ahorrarnos digresiones inútiles; pues ya sabe usted que á mí me gusta arreglar mis asuntos de una manera expeditiva.

La palabra ¡Cáscaras! pasó por la mente de Zubieta.

—Con que... continuó D. Manuel, va V. á ser franco y á contestarme categóricamente.

Zubieta, aunque procuraba disimular, abría los ojos más de lo necesario, y su cabeza se

perdía en un mar de dudas; pero aprovechando la pausa pensó tomar un aire grave y le dijo á don Manuel.

—Estoy dispuesto á hablarle á usted lealmente, me precio de ser hombre que conoce los deberes de la amistad, que en ningún caso, señor don Manuel, en ningún caso, ¿me comprende usted? sería yo capaz de traicionar...

Como Zubieta pronunció estas palabras con un acento, acaso mas dramático de lo que convenía á la situación fué entonces don Manuel quien notó que Zubieta se salía del tono.

—Yo comprendo, continuó Zubieta, todo lo que un caballero tiene que sacrificar, cuando se trata de una amistad verdadera; y yo no sería nunca el que...

—Indudablemente, interrumpió don Manuel, sobre que he dicho ya que lo conozco á usted.

—¡Señor don Manuel!... exclamó Zubieta formalizándose; aunque procurando en vano disimular.

Esto bastó á don Manuel para persuadirse de que Zubieta estaba dando una misteriosa interpretación á sus palabras; y si bien habían pasado por la mente de don Manuel ciertas dudas, no por eso se encontraba dispuesto á entrar en esplicitas aclaraciones, que, por otra parte, juzgaba notoriamente embarazosas.

De manera que la conversación estaba á punto de tomar un carácter grave, lo cual fué comprendido rápidamente por don Manuel, y procuró precisar.

—Se trata de un negocio de dinero, exclamó, no sin estudiar la fisonomía de Zubieta, quien en estos momentos reveló algunas de las líneas del indultado.

—¿De dinero, eh? preguntó Zubieta.

—Sí; me ha visto Solares.

—¿El agente de negocios?

—Sí; el mismo: hay una persona que tiene dinero, y desea colocarlo; y como hace tiempo estoy deseando dar cierto impulso á mi negociación, acaso me decidiera á tomar ese dinero; pero como sabrá usted que

en esta clase de negocios peco por desconfiado, he querido antes tomar informes precisos acerca de la persona con quien haya de hacer el negocio.

—¿Quién es?

—Es un tal don Santiago Franco.

—¿Santiago Franco? repitió Zubieta, me parece que Solares me ha hablado ya de ese asunto.

Y sacó un libro de memorias, en donde después de haber registrado algunas hojas, encontró el nombre de don Santiago.

—¡Ah! sí: aquí está, exclamó, ya tomaré los mas fidedignos informes, señor don Manuel.

—¿Pero hoy?

—Hoy precisamente.

—Tengo empeño en saberlo.

—Haré todo lo que esté de mi parte.

—En ese caso, esta noche tendré noticias ¿no es cierto?

—Probablemente.

Don Manuel y Zubieta se despidieron, quedando citados para la noche.

Para nada figuró Lola en aquella entrevista; y esta circunstancia, que bien podría no agregar nada en la situación moral de Zubieta, tuvo sin embargo una elocuente significación; por que Zubieta se había colocado, sin pretenderlo, en una de esas posiciones inseguras y equívocas en las que la malicia está despierta y el ánimo dispuesto á impresionarse vivamente.

Ni aún el mismo Zubieta se daba cuenta de que propendía á verlo todo á través de este prisma: Lola.

Lola también se empeñaba en encontrar en todo lo que veía, un elemento nuevo: Zubieta.

Y á pesar de esto, ninguno de los dos se persuadía de que aquello era un primer síntoma de amor.

Eran bastante dueños de su cabeza Lola y Zubieta para exclamar diez veces, en el tono mas ingénuo.

—¡Dios me libre!

Pero en el fondo no había cosa mas cierta, que Lola y Zubieta estaban en inminente peligro de enamorarse.

Lola, don Manuel y Zubieta eran tres plantas de la familia de las mimosas; por que, sin darse cuenta de ello, se estaban estremeciendo al sentir la electricidad de una atmósfera tempestuosa.

¡Pobre alma humana, que marcha al abismo de las pasiones, tal vez meciéndose como una hojilla de rosa sobre la rizada superficie de un arroyuelo.

Preciso es entrar al teatro de las grandes situaciones y al apogeo de la pasión, comenzando por una desviación insensible.

La ley universal del crecimiento y del desarrollo, es común al alma humana; también en ella como en la tierra, cae un pequeño gérmen que se une á un elemento, y de cada primero y misterioso consorcio, nacen, en la tierra una planta, una flor, un árbol; y en el alma un halago, una pasión, un crimen: ó en el sentido opuesto, una idea, una virtud y una oración.

En materia de virtud, Lola poseía la teoría completa, tenía el corolario, y tenía además la suficiencia para decir al primer gol-

pe de vista: esto es malo; y lo había dicho muchas veces, se lo había dicho á sí misma, y se lo decía á Zubieta.

Lola, además, no había ensayado nunca en el terreno de la práctica su cartilla de moral en todos sus artículos; había algunos sin prueba, nunca se le había ofrecido probar su aprovechamiento en ciertos casos, como por ejemplo: el de la fidelidad conyugal: había más, Lola no se había formado idea todavía de las dificultades que podrían presentársele en la práctica á este respecto; porque apesar de ser bonita, de vestirse bien y de ir á todas partes, no había escuchado hasta entonces sinó simples galanterías, ni había resistido más que ataques poco vigorosos, nacidos de una ocasión propicia ó de una exaltación pasajera; sin que por eso dejara de vanagloriarse interiormente, como sucede siempre, por aquellos triunfos, que ella misma se empeñaba en creer mas meritorios de lo que eran en sí.

Varias veces, en medio de uno de esos

corros femeniles en los que se versan tan curiosas anécdotas, Lola se había visto obligada, á su turno, á enumerar sus triunfos; y á más de un galanteador, hizo pasar por apasionado, y á más de un pretendiente de pacotilla, le dió en su narración el papel de irresistible Tenorio.

Sólo Lola, allá en lo mas íntimo de su conciencia, se persuadía de que sus triunfos no eran, en verdad, de los mas costosos ni sus luchas de las mas encarnizadas.

Pero ¿qué sería de un general sin batallas y de una mujer hermosa sin adoradores despreciados? Ambos tipos son inverosímiles en el mundo.

Lola, según hemos visto, al pensar en Zubieta, se daba siempre una respuesta que no era por cierto precedida de la respectiva pregunta, quiere decir. Lola no cesaba de exclamar para sí:

—¡Yo enamorarme de Zubieta! ¡qué locura, qué disparate, qué atrocidad!... Zubieta es una persona muy apreciable, pero no.... es imposible, Dios me libre....

Por esta razón precisamente se había indignado tanto al notar que su marido estaba celoso; cosa que tenía intención de no perdonarle nunca.

—Soy capaz de tolerarle á mi marido todos los defectos posibles, pero el de encerrarse ¡ah! ese jamás...! y por nada seré capaz de reñir con él, sino es porque invente que soy infiel.

Todas estas expansiones estaban destinadas, como se verá mas adelante, á convertirse en confidencias.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO